

VIVO

¿Viajeros, turistas o zombis? Por qué viajar pierde prestigio y dónde nos lleva la turismofobia



- Viajar es un signo de estatus y a nadie parece importarles la huella de carbono o el impacto social; pero cada vez hay más voces que señalan que las vacaciones sacan lo peor de cada uno y causan más daño que beneficio
- Equilibrar los ingresos que genera el turismo y sus inconvenientes (incremento de alquileres, saturación del espacio público, ruido constante) es uno de los grandes retos del presente y futuro de ciudades como Barcelona



Pintadas contra los turistas aparecidas este verano en las calles de Barcelona (Propias)

EVA MILLET

24/07/2024 06:00 | Actualizado a
24/07/2024 08:59



En abril de 2023, tras años de sufrimiento vecinal, el Ayuntamiento de Barcelona decidió [vallar el entorno de los búnkers del Carmel](#) para impedir el acceso al lugar por la noche. De esta manera se evitarían, en parte, los problemas de la masificación turística en esta zona: aglomeraciones, botellones, ruido y suciedad. Sin embargo, pese a las medidas tomadas, los problemas persisten: los turistas, viajeros (o como quieran llamarse), [siguen viniendo, incluso cuando no se puede](#). Y es que al poco de erigirse la flamante valla, medios como *La Vanguardia* informaban [cómo la gente la seguía saltando](#). Los búnkers se han convertido en un lugar “de

moda”, y nada va a detener la posibilidad de hacerse la foto ahí o montar la fiesta.

Esta dinámica es similar en otros destinos ‘instagramables’. Como si una legión de zombis se tratara, los turistas saltan vallas, peregrinan hasta abarrotadas calas “secretas” (donde, si toca, se llevan guijarros o arena como recuerdo), caminan por calles ya abarrotadas, se apiñan en bares típicos o pagan precios astronómicos para alojarse, aunque sea de manera ilegal, en los centros de las ciudades. Nada detiene a esta nueva masa viajera, cada vez más polémica y antipática.

“ El turismo genera mucho trabajo y riqueza, pero cada vez hay más masa. Es un problema de números. Somos más turistas y los destinos son los mismos...

Pablo Pablo Díaz Luque
Profesor de Turismo de la UOC



Un grupo de turistas pasea por los alrededores del Parque Güell de Barcelona, donde últimamente han aparecido pintadas contrarias al turismo masificado (EFE)

En el siglo XXI el viajar está perdiendo prestigio, a marchas forzadas. Hace apenas un año, la revista *The New Yorker* publicó un ensayo titulado *The case against travel* (que podría traducirse “La causa contra el viaje”). Su autora, la filósofa Agnes Callard, hacía el siguiente planteamiento: aunque creemos que el viaje saca lo mejor de nosotros, en realidad, muestra la peor versión de cada uno. Para apoyar su argumento Callard, profesora de filosofía en la Universidad de Chicago, citaba a pensadores como Chesterton (que aseguró que viajar “encoge la mente”); Ralph Waldo Emerson (para quien viajar era “el paraíso de los tontos”); Pessoa (quien escribió que “viajar es para aquellos que no pueden sentir”); el gran Emanuel Kant (que raramente se alejaba de su Königsberg natal) e, incluso, Sócrates, a quién tampoco le agradaba abandonar Atenas.

El provocador ensayo, además de ser uno de los más leídos, causó cierta indignación. Y es que existe una idea, muy arraigada, de que viajar es una actividad altamente positiva: una gesta, un signo de estatus, una manera de abrir la mente y de transformarse como persona. Sin embargo, el viaje empieza a ser cuestionado. Para empezar, por su impacto, tanto medioambiental como social, en los lugares de destino. En muchos lugares del mundo (Barcelona incluida), los efectos negativos del turismo están desbordando a los positivos. Todo ello hace que voces, aún tímidas, empiecen a plantear preguntas: ¿Viajamos con una finalidad o por inercia? ¿Cómo zombis que saltan vallas para hacerse “la foto” en los búnkeres o como personas que quieren conocer, *in situ*, un escenario de la Guerra Civil española? ¿Habría que parar un poco? ¿Está perdiendo prestigio social el viajar?

“Como economista tengo que decirte, primero, que el turismo genera mucho trabajo y riqueza”, puntualiza Pablo Pablo Díaz Luque, profesor del Programa de Turismo de la UOC, Universitat Oberta de Catalunya. Dicho esto, para el también doctor en Economía, el viajar: “Se ha convertido en una especie de ‘mercancía’, que se democratizó a finales del siglo pasado, con las *low cost* y la sociedad del bienestar y se ha transformado muy rápidamente: se ha pasado de las largas vacaciones veraniegas, familiares, a más viajes, más cortos”, dice. Viajes, añade: “Que los jóvenes identifican como algo que ha de hacerse, sí o sí, ya que también sirven para el autoconocimiento. Sin olvidar que economías emergentes, como India y China, están incorporando esta actividad”. Si a esto añadimos que, después de la pandemia, la gente prioriza el consumir “experiencias”, el resultado, según Díaz Luque: “Es que cada vez hay más masa. Es un problema de números. Somos más turistas y los destinos siguen siendo los mismos. Y los que eran desconocidos, están pasando a conocidos”.

En la organización ecologista Greenpeace no diferencian entre turistas y viajeros. Prefieren hablar de los impactos que ambos producen. “Somos muy conscientes que este sector proporciona una importante actividad económica, pero también hay un impacto muy grande, con uso intensivo de recursos y externalidades negativas”, explica Cristina Arjona, experta en movilidad de Greenpeace. Entre los impactos está, por supuesto, el medioambiental: “Se estima que, a nivel global, el turismo es responsable del 8% de las emisiones de gas invernadero y que la mayor parte de estas emisiones (el 49%), vienen del transporte que utilizamos para realizar este turismo”. Entre los medios de transporte, la aviación es el más

contaminante: “Mientras los trenes emiten una media de 33 gramos de gases con efecto invernadero por pasajero/km, el avión emite 160 gramos”, ilustra.

El debate

Viajar: ¿derecho o privilegio?



Turistas abarrotan el Ferrocarril de Sóller, en la Serra de Tramuntana de Mallorca (Joan Mateu Parra)

Viajar, ¿es un derecho o un privilegio? “Por supuesto que todo el mundo puede ir donde quiera, pero nosotros hablamos más del ‘derecho a la movilidad’ que del derecho a viajar”, dice Arjona. Es decir, priorizar, que todas las personas tengan acceso, en un transporte justo y sostenible, a servicios necesarios, como sanidad, educación y trabajo. Para Pablo

Díaz, lo que es un derecho es el tener vacaciones. “Pero esta actividad se ha asociado a moverse mucho y a hacer turismo”. Para él, sí que hay diferencia entre viajeros y turistas: “Hay tipos de turistas y prácticas más y menos sostenibles”. Entre los turistas más dañinos, estarían “aquellos consumidores altamente contaminantes, exhibicionistas y poco considerados”. Una tipología que no conoce de nivel adquisitivo. Este experto niega la idea de que el turismo de lujo sea más sostenible: “Hay destinos exclusivos que son grandes exhibidores y consumidores, muy poco respetuosos con el entorno”.

“Según la Organización Mundial del Turismo (OMT), el turismo se interpreta como un derecho derivado del derecho a viajar libremente y a disponer de tiempo de ocio”, explica Pili Malagarriga Vallet, docente y cofundadora de Segundo Mundo, organización cuyo propósito es promover un turismo más responsable. Sin embargo, matiza que dentro de la jerarquía de derechos: “Aspectos tan fundamentales como el acceso al agua potable, a la vivienda y a la alimentación, son indiscutiblemente prioritarios sobre el ‘derecho’ al turismo. Por tanto, estamos ante naturalezas de derechos bien distintas”. Esta experta tiene claro que el turismo es un privilegio: “Con más de cien millones de personas en el mundo obligadas a abandonar sus hogares y más de 800 millones padeciendo hambre, es evidente que el turismo no puede ser un derecho universal ni prioritario sobre otros derechos humanos básicos”, dice. La crisis climática y los límites ecológicos del planeta, añade, nos obligan a reconsiderar aún más nuestras prácticas viajeras.

Todo ello, ¿está haciendo que el viajar empiece a adquirir mala fama? ¿Que el turismo se pueda considerar casi una plaga? “En muchas regiones, el gran desarrollo turístico no ha mejorado la calidad de vida de sus comunidades, sino que, en ocasiones, la ha deteriorado. Por ello, la tendencia a considerarlo como una práctica menos deseable está ganando terreno, de manera lenta pero constante”, dice Pili Malagarriga. Un ejemplo de este rechazo sería [el movimiento flygskam](#) (“vergüenza de volar”), que surgió en Suecia y, que tímidamente, se ha extendido a otros países. Más contundentes, dice, son las manifestaciones en lugares como Canarias, Baleares y Barcelona: “Donde los residentes protestan contra el exceso de turistas y sus consecuencias negativas, como el incremento en los alquileres, el desplazamiento de residentes, la saturación del espacio público y el ruido constante”.

Pablo Díaz Luque también cree que la percepción del viajar está cambiando: “En parte, por la mala prensa que está vinculándose al turismo. En Europa ya han aparecido movimientos que reivindican no viajar o hacerlo menos y que pueden estar basados en una conciencia real o en el esnobismo”. De todos modos, este académico señala que son movimientos muy discretos. “Lo que sigue siendo masivo es el viajar. Se ha convertido en una actividad de primer orden”.

Desde Greenpeace también detectan un cambio de tendencia: “Quizás cada vez estamos siendo más conscientes de cómo debemos viajar y, también, de que quizás para disfrutar de descanso, de paisaje y de buena gastronomía, no hace falta ir a destinos muy lejanos en medios muy contaminantes”, dice

Cristina Arjona. En este incipiente cambio de percepción, añade, influye el impacto del turismo masivo que muchos ciudadanos ven a tiempo real: “Como los problemas de uso de los recursos, en el transporte, en la recogida de residuos, el gasto del agua, etc. Así que cada vez somos más conscientes de cómo nos gustaría viajar a nosotros”.

Sin iniciativas gubernamentales, todo esfuerzo es baldío



El turismo es responsable del 8% de las emisiones de gas invernadero; la mayor parte de estas emisiones (el 49%), vienen del transporte utilizado para viajar (CATI CLADERA)

Los tres entrevistados creen que las opciones de decrecimiento y de mejora en esta actividad son posibles. “Ya existe un turismo más respetuoso, menos consumidor y más participativo, con opciones de intercambio de alojamiento, de vehículos, etc.”, ilustra Pablo Díaz Luque. A partir de su conferencia, *Cuando viajo, transformo en positivo*, Pili Malagarriga propone un perfil de viajero “más consciente y responsable”, que, entre otros, “opta por formas más ecológicas de llegar a su destino, elige alojamientos, agencias de viajes y tours responsables y apoya negocios locales que aseguren condiciones laborales dignas”. Para ella el lema sería: “Viaja menos, mejor y quédate más tiempo”.

Pero no todo el cambio se hace a nivel individual. Como señalan desde Greenpeace, sin iniciativas gubernamentales no es posible cambiar estas dinámicas. Se precisan medidas, vinculadas tanto a la regulación e inspección de alojamientos turísticos como a los medios de transporte. “Nosotros proponemos alternativas como la limitación de los vuelos cortos cuando haya opciones de ferrocarril de menos cuatro horas”, dice Cristina Arjona. Si estas se dan, es mejor que ese vuelo no exista: “Porque, al final, el tiempo que tardas entre llegar al aeropuerto, espera y viaje, es menor de cuatro horas en el 90% casos”.

Además de la promoción del tren, la organización ecologista también pide la limitación de esos otros grandes contaminantes: los cruceros. Sin olvidar los vehículos de alquiler y los barcos de recreo. Y aplicar una tasa de viajero frecuente, lo que ya se baraja en la Unión Europea: “Implica que las personas que más utilicen el avión, un medio ultra

contaminante, que más del 80% de la población nunca ha utilizado, tengan algún tipo de impuesto”. Porque los más privilegiadas son los que más vuelan: los llamados “*frequent flyers*” son responsables de más de la mitad de emisiones de gases invernadero de la aviación. Quizás, dentro de muy poco, ser un viajero frecuente o poseer un jet privado no dé estatus, sino más bien, algo de vergüenza.//